

## *Introducción*

*Francisco Sierra Caballero*

*Salvador Leetoy*

*Tommaso Gravante*

Toda conceptualización teórica sobre el interfaz Ciudadanía/Nuevas Tecnologías de la Información apunta, en nuestro tiempo, la emergencia de un nuevo modelo de mediación social marcado por la afirmación de la radical singularidad creativa de sus agentes y un nuevo marco de contradicciones que atraviesan la nueva división internacional del trabajo, así como los procesos de acceso y apropiación de la tecnocultura, que dan cuenta de la centralidad de la información en las políticas de representación contemporánea. Experiencias como el movimiento del *15M* o *Yo soy 132* en México actualizan en nuestro tiempo una lectura crítica del *espíritu McBride* en la demanda de derechos culturales por parte de las multitudes conectadas mientras se produce un proceso de reconfiguración intensiva del ecosistema cultural en torno a las redes distribuidas de información y conocimiento. En este marco, la teoría crítica de la mediación se ve impelida a definir nuevos anclajes conceptuales y una ecología del saber comunicacional pensada desde el Sur y desde abajo, considerando la centralidad que, hoy por hoy, adquiere el trabajo inmaterial y, más concretamente, las nuevas tecnologías digitales, en los procesos de intercambio y reproducción social ampliada que anteceden y atraviesan toda posibilidad o forma de participación y de convivencia de los ciudadanos. Con tal proceso no sólo han entrado en crisis las formas de *gubernamentalidad* y las lógicas de concepción del desarrollo heredadas del difusionismo iluminista. Las redes y el lenguaje común de los vínculos que tejen hoy, de formas diversas, los ciudadanos definen nuevos cronotopos y puntos de condensación de la experiencia del sujeto moderno que deben ser repensadas desde una cultura de investigación dialógica y una concepción abierta

del acontecimiento, dada la ruptura o discontinuidad histórica experimentada en la producción mediática masiva.

La centralidad de la comunicación y las nuevas tecnologías digitales como vectores de las nuevas formas de sociabilidad en el desarrollo de la cultura posmoderna definen en este sentido, en la actualidad, nuevos procesos de desenvolvimiento y construcción colectiva que trascienden las formas asimétricas de globalización y mercantilismo características del capitalismo, al tiempo que cuestionan las prácticas del uso de investigación y transmisión del conocimiento. El alcance de las transformaciones en curso y la complejidad constitutiva de la crisis civilizatoria que vivimos cuestionan de hecho las bases del pensamiento comunicacional, apuntando la necesidad de nuevas lógicas conceptuales y otros estilos de investigación para representar y cambiar el mundo, alterando de raíz las históricas relaciones establecidas entre cultura, economía y democracia. Las fracturas e incertidumbres que acompañan al cambio tecnológico representan por ello, sin duda alguna, una oportunidad de desarrollo para la construcción de otro mundo y comunicación posible, considerando la apertura de espacios y procesos para repensarnos y dar voz a culturas, minorías, y actores sociales históricamente sometidos a la condición de periferia y los márgenes de la subalternidad. En este proceso, cabe pues cuestionarse qué presencia actual tiene la Academia en los movimientos por la democratización de los códigos culturales y los sistemas de comunicación en los procesos de cambio social que experimentan los países de diversas regiones del mundo.

La mayoría de estudios en materia de cultura digital y ciberdemocracia señala la centralidad que, hoy por hoy, adquiere el trabajo inmaterial y, más concretamente, las nuevas tecnologías digitales en los procesos de intercambio y reproducción social que anteceden y atraviesan toda posibilidad o forma de participación ciudadana, como también desde luego la propia configuración del espacio público. Con la modernidad, tal y como ha sido reconocido por los estudios de Opinión Pública a partir de la década de los treinta, la información y la comunicación pública moderna van a desempeñar funciones fundamentales en la conformación del espacio común de deliberación y representación política. Desde entonces, es común reconocer que sin información y acceso al espacio comunicacional, la libertad de

expresión y otros derechos sociales tienden a ser conculcados. Hoy de hecho, la calidad de la vida democrática de una sociedad puede ser ponderada en función de la vitalidad y la propia diversidad del sistema informativo. La voluntad de saber sobre las condiciones y parámetros de la organización democrática de la mediación, en la teoría, y sobre todo en el análisis empírico, ha sido por lo mismo ampliamente cultivada. Tanto que la Comunicación Política puede ser considerada una de las disciplinas y objetos de estudio más privilegiados en la investigación de la Comunicología, además de motivo recurrente de aceradas críticas y discusiones académicas en lo que se refiere a los problemas normativos derivados de la necesidad de regulación social y a las relaciones de mutua dependencia existentes, directa o indirectamente, entre el sistema social y el sistema público de comunicación. La amplia producción científica en la materia ha tendido como consecuencia a observar las diversas realidades de la comunicación política en función de los efectos, consecuencias negativas y dimensiones institucionales de la fenomenología de la cultura democrática mediatizada, dejando de lado aspectos significativos como la emoción, los imaginarios y representaciones de la cultura pública y, por ende, la participación que facilitan o restringen las mediaciones de las industrias culturales. Ahora, en la era digital, este olvido de la instancia subjetiva, vivencial y *reconstruccionista* de la mediación hoy viene dejando en evidencia la necesidad de un abordaje otro que, pensando críticamente, en lo concreto, las instancias de recepción, consumo y producción política de lo social mediatizado, trate de vislumbrar, en un sentido cultural más amplio, las mutaciones estructurales que las industrias de la comunicación impulsan en los modos de organización y las formas de acción colectiva contemporáneas que, entre otros procesos, facilita la apertura de nuevos procesos de participación y desarrollo comunitario. Hace quince años, cuando iniciábamos nuestros estudios en esta materia, buena parte del debate teórico y académico sobre el papel de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTIC) partía de esta misma matriz o lógica interpretativa dicotómica, similar, en el fondo, a los términos de los célebres debates entre apocalípticos e integrados en torno a la cultura de masas. Pero desde entonces numerosos acontecimientos obligan a repensar categorías y modelos de análisis. La emergencia de nuevos procesos

de participación local y global, en campañas como la elección del presidente de Estados Unidos, Barack Obama, o el reciente movimiento 15M, han redefinido en buena medida el contexto social objeto de deliberación científica por parte de la comunidad académica, apuntando la emergencia de un nuevo orden y realidad. Hoy sabemos, por ejemplo, que la reivindicación por parte del nuevo netactivismo del derecho a la ciudad, que el ejercicio de la ciudadanía y el buen gobierno son necesariamente, cada vez más, concebidos como la construcción no sólo de un proceso de inclusión y socialización digital ante los intensivos procesos de cambio, sino sobre todo como un proceso de lucha y apropiación por recursos difusos como Internet, de lucha por el código, que exige una mayor permeabilidad y apertura cognitiva de la investigación si quiere capturar o percibir el uso múltiple y variado de la información y el conocimiento por los actores sociales. Como advierte Antonio Negri, hoy asistimos a la proliferación de una nueva *complejidad colectiva múltiple*, y una crisis de la representación, que demandan del pensamiento y la teoría social, más aún desde una perspectiva crítica, nuevos parámetros y categorías.

En el nuevo modelo de mediación social, el conocimiento de las transformaciones en curso que introduce la cultura digital exige una práctica teórica bien distinta. No sólo están en crisis las formas de gubernamentalidad y las lógicas de concepción del desarrollo. Las redes y el lenguaje común de los vínculos definen nuevos cronotopos y puntos de anclaje de la experiencia que deben ser repensadas desde una cultura de investigación dialógica, una concepción inmanentista del acontecimiento y la ruptura con la producción mediática estandarizada en función, desde luego, de una lectura *creativa e indiciaria* del pensar y definir el ser digital. Más aún, en el nuevo horizonte cognitivo, la política de la ciberdemocracia debe plantearse como una Economía Política del Archivo, como una crítica metacognitiva de la captura de la experiencia vivencial de la cibercultura, comenzando con los indicadores de inclusión digital y concluyendo con los modos de compartir y socializar el saber sobre lo social.

Sabemos —se ha constatado empíricamente— que las experiencias de los movimientos ciudadanos como el de *los indignados* en España, la del movimiento *occupy* en EEUU, la de los jóvenes mexicanos en el #YoSoy132, o más recientemente

las revueltas ciudadanas que se han dado en algunos países del norte de África, han re-posicionado el rol de la comunicación y de las nuevas tecnologías digitales como vectores de articulación de una nueva forma de sociabilidad en los procesos de construcción de la identidad colectiva. Ahora bien, pese a la relevancia social que estas experiencias han tenido en su propio contexto de referencia, el acercamiento de la Academia, y en particular de los investigadores de la comunicación, no ha cambiado mucho desde hace más de dos décadas, es decir de los años de los «galácticos» en Chiapas, la «Batalla de Seattle» y del «Renacimiento 2.0». Por un lado, se han desarrollado investigaciones en las que se han continuado a considerar los medios de comunicación como simples canales tecnológicos de difusión de los mensajes incidiendo en la vieja disputa medios alternativos *vs.* medios tradicionales. Por otro lado, se han propuesto análisis esencialmente mediocéntricos, minimizando el contexto y la protesta social en el que la experiencia mediática se ha desarrollado.

En el análisis de las experiencias de innovación social participativa, la mirada circunscrita estrechamente a un concepto o imaginario *informacional* de los procesos de construcción de lo público no han comprendido, como consecuencia, la esencia de estos procesos.

A nuestro entender, del conocimiento concreto de las nuevas formas de construcción de la ciudadanía en los procesos de desarrollo a través de las nuevas tecnologías de la información, se inferen lógicas diferentes de construcción del espacio y la subjetividad política que han de ser repensadas y que, lamentablemente, la investigación poco o nada está contribuyendo a abordar, bien por los cercamientos y fracturas disciplinares, bien por la racionalidad eficiente y el dominio del paradigma informacional en el estudio de la mediación o, como en parte se observa, por la herencia colonial de un modo de producción del conocimiento positivo e individualista metodológicamente, en lo que Edgar Morin critica como pensamiento bárbaro y egocéntrico. Sostener esta cultura cartesiana en los modos de pensar y describir al actor-red es cuando menos incongruente y/o extemporáneo. La nueva configuración sociopolítica de la era digital exige, antes que cualquier otro principio o norma, asumir, con todas sus consecuencias, la complejidad de los flujos transversales de información y de conocimiento, que permean

e impregnan todos los órdenes y dimensiones de la vida social y cotidiana de la población. Y esta cuestión no puede ser postergada sin consecuencias políticas en el Capitalismo Cognitivo.

La particular dialéctica de la revolución digital tiene lugar en un proceso en el que, ante la crisis de representación y *governanza* al calor de los procesos intensivos de transformación global del capitalismo, las autoridades locales, y en general la administración pública, apenas han explorado las potencialidades emancipatorias que permitirían reinventar la democracia formal y la representación a escala global en lo que el movimiento del 15M denomina Democracia 4.0, reeditando por el contrario la idea republicana y conservadora de Madison, justo cuando la democracia requiere más innovación, una nueva ciencia basada en la participación creativa, basada como pensara Castoriadis en la autonomía social, sin la mediación instrumental y limitada de la comunicación como dominio que restringe, de acuerdo al paradigma de la representación, las formas de acceso y control social de dicha mediación.

En el contenido y tensión de la que es portadora esta paradoja podemos situar la crítica a las deficiencias del modelo representacional observadas durante nuestro trabajo de campo, ante la intensificación a escala geométrica de los procesos de globalización y sus efectos colaterales en el plano local, entre ellos la susodicha desconexión de los ciudadanos, la falta de compromiso cívico o la negación directa a participar de los tradicionales modelos de mediación, claramente inadecuados en la cultura y formas interactivas de la era digital.

La prevalencia del modelo o paradigma informacional de gestión y organización de la comunicación pública moderna, y la propia concepción científica de la Comunicología, está siendo, no obstante, impugnada en la realidad por prácticas sociales y actividades de interacción política lábiles, fluidas, empoderadas, por dinámicas de construcción y cooperación social como, por ejemplo, la conectividad y el activismo de los nuevos movimientos sociales, que cada vez más utilizan las herramientas telemáticas como recursos de información y organización interna. La propia conexión entre asociaciones civiles y grupos específicos de población liderada por el denominado Tercer Sector o nuevas formas orgánicas de activismo social como Democracia Real Ya comienza incluso a pensar una economía social de la

comunicación, mientras traza nodos y macro-redes articuladas a escala internacional, o experimenta nuevas modalidades de intervención sociopolítica en el ciberespacio. Como hace más de dos décadas advirtiera Pierre Lévy, los media interactivos, las comunidades virtuales desterritorializadas y el auge de la libertad de expresión que permite Internet inauguran un novedoso espacio de comunicación, inclusivo, transparente y universal, llamado a renovar profundamente los diversos aspectos de la vida pública en el sentido de un mayor incremento de la libertad y la responsabilidad de los ciudadanos que hemos de tratar de pensar juntos.

El desarrollo social de las TIC y las categorías y protocolos de análisis en esta materia deben, por consiguiente, ajustarse a los procesos de apropiación social por la comunidad, a las necesidades radicales de expresión y desarrollo cultural de los sujetos, así como a los retos económicos-políticos de interés y dominio público, pensando la participación y las posibilidades abiertas por los nuevos medios digitales como un proceso de construcción colectiva del desarrollo y el conocimiento, basado en la cooperación, la organización de redes cívicas y el diseño de los planes de cambio social a partir de la creatividad individual y colectiva de los actores locales. Las mutaciones que introduce la «galaxia Internet» en la nueva morfología social se manifiestan con especial intensidad en las perturbaciones e irrupciones de la actividad social que afectan sobremanera a la cultura de información y al proceso general de reflexividad social. Transformaciones reticulares y centrífugas de la nueva ecología cultural que hoy permiten sobremanera al sujeto de la posmodernidad permear la realidad misma, personalizar el mundo, apropiarse con la imaginación mundos posibles y reales de interacción, y proyectar nuevas lógicas de participación y desarrollo local, constituyen por lo mismo la base necesaria para pensar la ciudadanía y el conocimiento del mundo que habitamos.

En esta línea, el volumen que tiene el lector en sus manos trata de describir experiencias concretas y procesos que conviene redefinir, a modo de exploración de lecturas posibles sobre el interfaz ciudadanía/cultura digital como campo problemático de análisis de la reproducción social. El libro se estructura para ello a partir de dos ejes conceptuales principales. Los primeros cinco capítulos componen el primero de esos ejes, donde se

abordan propuestas teóricas y analíticas para el estudio de la ciudadanía digital que se manifiestan en prácticas de democracia participativa. Las reflexiones de Francisco Sierra, sobre ciudadanía, cultura digital y democracia inauguran el presente volumen. El autor nos propone una matriz epistémica donde, por un lado, las nuevas tecnologías favorecen una serie de potencialidades en el plano sociopolítico, entre las que destacan las de refundar las formas de socialización en las esferas privadas y los espacios públicos, reducir el fenómeno del déficit democrático, así como la desafección ciudadana, contribuyendo notablemente a los procesos de desarrollo, innovación y mejora de las posibilidades de participación democrática. No obstante, por otro lado, la innovación tecnológica no tiene por qué coincidir necesariamente con consecuencias trascendentales y positivas para los modelos democráticos de organización. Sierra, haciendo un ejercicio de memoria histórica, nos recuerda que las esperanzas puestas en la superación de los conflictos sociales, políticos y económicos, a través de las nuevas tecnologías, además de suponer la reedición de los viejos discursos difusionistas que ya tuvieron lugar con anteriores revoluciones tecnológicas, responde a una mitificación ideológica cargada de racionalidad instrumental.

Sucesivamente, Antonio Lafuente, David Gómez y Juan Freire nos introducen en cómo analizar en esta sociedad del espectáculo obsesionada con la documentación de todo tipo de datos, dicha práctica pero desde una lógica de cooperación colectiva. Para los tres estudiosos, cuando los procesos que queremos hacer visibles son colectivos, la documentación es el *locus* del conocimiento y documentar es un acto de escucha, porque implica darnos tiempo para, entre todos, elegir cuáles son los aspectos que mejor representan el trabajo en común. Este proceso hace visible el proceso de aprendizaje, así como también a la comunidad que lo sustenta. Documentar entonces es una actitud mental, una manera de estar en la vida: una cultura y también una herramienta. Una cultura porque favorece una cierta forma de relacionarnos y una manera de describir lo que hemos experimentado juntos. La documentación habla del mundo y construye un nosotros.

Diego Zavala Scherer y Ariadna Ruiz Almanza nos llevan a otro territorio teórico, en un espacio conceptual, asociado a los

movimientos sociales y sus representaciones en el mundo digital: el mapa. Los dos autores exploran cómo es que esta herramienta de visualización se ha convertido en un mecanismo de interacción que permite conectar el ciberespacio con el espacio físico, y establecen cómo es que se influyen y relacionan de manera recíproca. A través de casos de narrativas en web que parten del uso del mapa para explorar un tema o problemática vinculado con una locación, un espacio o una geografía, nos muestran cómo los movimientos sociales expanden su acción desde el ciberespacio.

Por su parte, Lucía Benítez-Eyzaguirre reflexiona sobre la interrelación de tecnología y género, y cómo su remezcla se mueve entre diferentes tipos de códigos y normas, en una dinámica multidimensional que transforma los propios conceptos y genera propiedades emergentes. El texto subraya la importancia del *hacktivismo* feminista, un movimiento escaso, desestructurado, autodidacta y atomizado, pero que trabaja por el procomún en la administración de redes, la seguridad informática, el desarrollo de software y hardware libre, la semántica y las redes libres, y la organización de eventos. El texto evidencia cómo el conocimiento siempre está conectado con el poder, al mismo tiempo que la información que es compartida y de intercambio tiene una dimensión subversiva.

Aimée Vega Montiel cierra el primer eje teórico-analítico explorando igualmente la variable género en la construcción de las nuevas formas de ciudadanía digital. El texto evidencia cómo el estatus de los derechos humanos de las mujeres en la era digital son, en muchos aspectos, precarios y se propone contestar a la pregunta ¿cómo se expresa esta desigualdad en América Latina? La investigadora advierte que los efectos de la brecha digital son más agudos en las mujeres y las niñas. Esto se encuentra ligado a la desigualdad de género que tiene su origen en el patriarcado. Esta estructura, en combinación con el capitalismo, ha precarizado la condición de las mujeres en el mundo. Sus conclusiones evidencian que las causas de la brecha digital de género están directamente vinculadas con las condiciones desfavorables de las mujeres en el ámbito de la educación, empleo, salud e ingresos; por lo tanto, mientras no sean resueltos estos aspectos, el equipamiento tecnológico y el acceso universal no resolverán por sí solos el rezago social.

Los estudios de caso se abren con una interesante reflexión hecha por Tommaso Gravante y Kiado Cruz, éste último perteneciente a la comunidad indígena zapoteca de la Sierra Juárez de Oaxaca en México, desde donde se mezcla el pensamiento y filosofía indígena con el software libre, y la *comunalización* de la tecnología como elemento constitutivo en la construcción de una democracia participativa. Teniendo como punto de partida la experiencia del Centro Universitario del Pueblo Xhidza (CEUXhidza), se hace evidente la necesidad urgente de crear una comunidad solidaria de activistas digitales para la producción de contenidos, así como compartir conocimientos en sus espacios y redes de aprendizaje a través de medios digitales. Dichas redes, comentan los autores, sirven como plataformas desde donde es posible reproducir la misma *Comunalidad* de los pueblos originarios.

En el texto que sigue, Jesús Galindo Cáceres propone una lectura fundada en los aportes teórico-metodológicos enfocados en la gestión y promoción de sistemas de comunicación social a partir de la experiencia de diversos colectivos reunidos bajo la bitácora *Comunitlán* en la ciudad de Puebla, en México. El texto reúne un análisis de cómo esta iniciativa ha operado hasta ahora desde la perspectiva de la Comunicología y la Ingeniería en Comunicación Social, y cómo piensa seguir operando en el futuro cercano.

En el siguiente trabajo, Silvina M. Romano analiza el papel clave asumido por las redes sociales en Bolivia, principalmente a través de Twitter y Facebook, en una coyuntura política como lo fue el referéndum de febrero 2016. A través de un análisis comparativo nos presenta cómo estas redes sociales vinculadas a la red mediática, se apoyan en una red de poder asociada a la asistencia exterior, institucionalizada desde hace décadas en este país andino

Siempre en la línea del uso de la tecnopolítica por parte de nuevos sujetos emergentes en la arena política, Salvador Leetoy y Alejandro Servin, estudian el caso de Wikipolítica, un colectivo ciudadano de México que lanzó a Pedro Kumamoto como candidato independiente para competir en las elecciones legislativas locales del estado de Jalisco. El análisis se realiza en las tribus digitales surgidas alrededor de la campaña de Kumamoto en Twitter, así como las conexiones elaboradas alrededor de

dicha campaña dirigidas a construir opinión pública hacia su candidatura. El texto presenta la potencialidad de los medios sociales para encauzar iniciativas ciudadanas y empoderar acciones colectivas.

Finalmente, Darcie Vandegrift cierra este apartado y el libro. La autora analiza las características de una práctica comunicativa emergente, el meme, para examinar la manera en que los jóvenes adoptan y adaptan la tecnología digital para establecer posicionamientos políticos en tiempos de crisis. Al respecto, la investigación se centra en el caso venezolano y cómo los memes se convirtieron en parte del repertorio usado para, a través de la ironía y la parodia, abrir un frente más de discusión política. Esta dimensión, la del humor, está sin duda correlacionada con el proceso de carnavalización de los procesos de acción colectiva que proliferan en la red.

A modo de conclusión, compartimos algunas lecciones que venimos oteando en el proyecto de I+D que ha dado origen a la obra que el lector tiene en sus manos. Primero, y antes que nada, es preciso reconocer que el paso a un nuevo nivel de reflexividad sobre las formas emergentes de ciudadanía en la era digital implica necesariamente una visión política de la comunicación y las nuevas tecnologías, una tarea cuyo compromiso por las entidades locales y las organizaciones cívicas está por definir en el proceso de apropiación y socialización de los medios digitales. El problema con el que nos encontramos es que las formas individualizadas de socialización de internet impiden hoy la factibilidad de esta propuesta ante la progresiva fragmentación, despoltización y atomización de los movimientos sociales y la acción colectiva de los poderes públicos que afectan con especial intensidad a las entidades locales, y al uso y conservación del patrimonio cultural dispuesto en lo común. El acceso y participación restringida en la producción y distribución de contenidos no es el principal problema con el que nos enfrentamos al tratar de definir procesos participativos con los dichos medios. Más importante aún es que el derecho a la participación no es definido cualitativamente en el conjunto genérico de derechos y deberes del Estado moderno. Tampoco la ciudadanía digital tiene el reconocimiento jurídico y preciso para incidir en dinámicas deliberativas y de participación a través de la red, salvo como iniciativa de voluntarismo político del gobierno o administra-

ción local de turno. Se constata por tanto que las necesidades de comunicación para el desarrollo local plantean la exigencia desde los poderes públicos del reconocimiento fundamental de los derechos colectivos a la comunicación, a expresarse, a informar y ser informado, a dialogar y tramar redes ciudadanas a través de los sistemas actuales de mediación y aquellos por venir. Una vez garantizada esta condición, el reto sería cómo evaluar o definir indicadores para las políticas públicas en materia de inversión en lo social y cultural, que garanticen la democratización y desarrollo de nuevas formas de gobierno a través de las tecnologías emergentes, y en general, por medio de sistemas dialógicos de comunicación. En otras palabras, el problema de las políticas locales debería ser cómo evaluar y definir la participación como apuesta por una democracia radical y pluralista, máxime cuando la definición de la cultura como recurso viene condicionada por las políticas internacionales de desarrollo en la gestión, almacenamiento, distribución y organización del acceso a los bienes simbólicos, sujeta a las condiciones de circulación y valorización transnacionales del capitalismo.

La resolución de este reto exige, claramente, reformular de manera radical los preceptos de la democracia representativa, descentralizando los sistemas de información y decisión pública más allá de los modelos de extensión y organización basados en la racionalidad eficiente típicos del paradigma informacional. En la medida en que la ciberdemocracia proyecta un nuevo escenario o espacio público, aparecen nuevos métodos y posibilidades democráticas para la participación activa de la ciudadanía. Las políticas públicas deben tratar de responder con inteligencia ante una nueva concepción del espacio y de la mediación con el concurso activo de la ciudadanía. Deben hacerlo cuestionando la noción misma de ciudadanía, así como al marco jurídico de la participación en el Estado social de derecho con respecto al paso del Estado-nación al Estado móvil que prefigura el Capitalismo Cognitivo.

En definitiva, pensar la participación ciudadana significa hoy reflexionar sobre las mediaciones y las distancias, las prácticas culturales y los marcos cognitivos de reflexividad e imaginación política que determinan la economía política del archivo y el repertorio. Las posibilidades abiertas por las TIC en la construcción colectiva del desarrollo local, plantean como necesaria

la interacción ciudadana con sistemas modernos de comunicación, la cooperación y organización de redes cívicas y, sobre todo, el diseño de la organización del cambio social basado en la creatividad individual y grupal, además de la gestión compartida de los archivos de la era Big Data. Como nunca antes, hoy es el ciudadano quien, de consumidor a creador cultural, protagoniza las transformaciones del nuevo ecosistema mediático. Renunciar a esta problematización, en el núcleo de comando y control de la Sociedad del Conocimiento, es reeditar la conquista del espacio, un territorio no precisamente físico sino sobre todo simbólico e inmaterial. Esperemos que cuando menos estas líneas contribuyan a abrir una agenda de discusión académica y política para la emancipación. En juego está el futuro de nuestro legado. La propia vida en común.